

1000069

# UN LIBRO DE PEPE DE ARMAS HISTORIA Y LITERATURA

Se estila mucho en Francia, y también, como es de rigor, en América, un género de crítica sutil y deliciosa que podríamos llamar crítica mundana o chismográfica. Crítica de interioridades en que brilla lo anecdótico, y que por ser de fácil comprensión para todos, es lectura favorita de los más de los lectores, que no gustan de profundidades metafísicas.

Esa crítica se basa en la investigación ligera o superficial, en la murmuración y a veces en la obsesión del crítico influido un temperamento apasionado, que disculpa vicios o acrimina defectos según la simpatía o aversión que le merece el personaje. Esa crítica es de sumo interés para los espíritus endebles, sobre todo cuando la maneja una pluma genial y sugestiva como la de José de Armas, preclaro escritor que con la magia de su estilo subyuga tiránicamente, y se hace leer hasta del que no suele estar conforme con sus ideas. Tal me sucede con el libro "Historia y Literatura" que he leído entero cubriéndolo de notas marginales. Y téngase en cuenta que el solo hecho de leer entero un libro es un elogio mío al autor, porque son muy contados los libros modernos a quienes tal honor tributó.

José de Armas es un sublime idealista lleno de pasión. Al saborear sus primores de estilo, sus conceptos vibrantes, sus gallardas aseveraciones me duele tropezar con sus implacables juicios de sectario. Su lectura es peligrosa. Porque si el lector no reúne un buen caudal de sana doctrina, de filosofía, y de sólida ilustración, caerá irremisiblemente en la red de una argumentación brillante y seductora. Pero quien como él lucha armado de conocimientos históricos y literarios y filosóficos y tenga ideas propias sobre los temas del día generalmente aceptados sin exámen por el vulgo conforme a un patrón de ideas cursis y gastadas sobre la libertad, la cultura, el progreso, la reacción, el obscurantismo etc., por fuerza ha de sonreírse de una verbosidad aparatosa que es solo el ropaje magnífico de conceptos mediocres por no decir lugares comunes del lenguaje político.

A Pepe de Armas con su gran maestría en el decir y con su erudición histórica y literaria fáltale como crítico la virtud de prevenirse contra sí mismo. Tiene sus ideas como las tenemos todos, pero no prescinde de ellas para observar serenamente desde la altura en que se dominan todos los campos de la opinión. No ha llegado a convencerse de que las conquistas de la libertad y de la democracia son pura ilusión de forma sin haber variado nada en el fondo; y que el despotismo y la intolerancia son vicios incurables de la humanidad; pues como dice el propio José de Armas, tal

vez sin cercarlo, en su libro: "las más odiosas trianfas surgen casi siempre del fondo de las democracias." José de Armas es un sociólogo idealista. Espera que el vulgo se cure de su imbecilidad crónica algún día, y apesar de haber leído Historia general aún le coge de sorpresa la barbarie ingénita de los pueblos civilizados. Y siendo ya un talento maduro, no se ha hecho cargo todavía de que un criterio cerrado en política y en historia es opuesto a la crítica verdadera. En sus juicios de los hombres menudea el adjetivo deprimente y se deja llenar en exceso de ciertas antipatías.

Ya sé que la pasión en el estilo es lo que el colorido en la pintura. Atrae la vista, excita la imaginación, y convence a la multitud ignara. Pero también ha dicho Goya que el abuso del color es un horrible pecado contra el arte. Comprendo que para difundir ciertos doctrinarismos hay que echar mano de la pasión y sus exageraciones, pues de otro modo no se persuade a las gentes sencillas siempre dadas a creer lo absurdo, y lo inverosímil, como sucede en las horribles columnas propaladas en las guerras. Pero en el terreno de la crítica seria y elevada, si el escritor quiere ser justo y aspira al aplauso de la posteridad debe sobreponerse a sus odios si los tiene. La grave historia es imparcial y generosa en sus fallos. Debe prescindir de anatemas y calificativos iracundos que prueban en sí mismos la injusticia. El hombre es imperfecto en sus apreciaciones por la flaqueza de sus sentidos y la volubilidad de su criterio casi siempre influido por el estado de ánimo y por prejuicios de clase y de raza; y esta imperfección le inhabilita para penetrar como juez en el misterio de la conciencia ajena, porque nadie puede a título de impecable juzgar con dureza los pecados del prójimo. Solo la benevolencia, como dijo Cervantes, puede dictar su fallo aproximado a la justicia. Shakespeare puso en boca del rey Lear aquel dicho: "no hay culpables;" y Tourgueneff hubo de añadir "no hay justos." Porque para poder ser justo hay que ser infinitamente sabio, y esta cualidad solo Dios la posee. Así de un modo relativo entre los hombres la sabiduría inclina a la misericordia y al perdón de las miserias humanas.

Todo escritor es un historiador, y si aspira a ser grande, tendrá la seriedad y la parsimonia de un juez a quien los vicios humanos no alteran la equanimidad de espíritu, sin hacerse parte en las contiendas sociales. El espíritu del Evangelio es admirable entre otras cosas, porque no contiene una sola palabra ofensiva para los enemigos de Cristo, ha dicho Pascal; y el Evangelio es el libro más grande y más sublime que se ha escrito.

  
PATRIMONIO  
DOCUMENTAL  
OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

Pero, ya es hora de entrar en materia. Decía que Pepe de Armas brilla de un modo extraordinario en la crítica anecdótica, y su último libro es una muestra de ello. Es magistral el primer artículo titulado "El martirio de Servet," sabio español que fué quemado vivo en Suiza con grave disgusto de los que creen que una atrocidad semejante debía haberse cometido en España. Y lo peor es que tampoco fueron quemados vivos en España Jacobo Molay, Lucilio Vaini, Juana de Arcos, Savonarola, Juan Huss, Urbano Grandier y Glordano Bruno, apesar de que España era, según dicen, el país clásico de la intolerancia religiosa. El artículo sobre Miguel Servet es doctrinalmente el mejor de la colección, porque ensalza con generoso afecto al sabio ilustre que es gloria de España, y reconoce, siquiera por unos momentos, que el fanatismo político, base de todos los fanatismos es el mismo en todas las épocas y en todas partes.

Al comentar un libro de Villey sobre Montaigne impugna muy débilmente el concepto singularísimo del citado Villey y otros que juzgan poco original el autor de los famosos "Ensayos", que brindan pasto intelectual a los escritorios de la edad moderna. El gran pensador francés no deja de ser original porque menudease las citas de autores clásicos. Lo hacía para comentarlos y corroborar con ellos sus opiniones. La originalidad no está precisamente en las ideas nuevas, dado que existan algunas. También se es original descubriendo nuevos matices en las ideas eternas, que como el diamante chispean a la luz con facetas y colores. El pensamiento, como el átomo, contiene a veces un mundo. Las ideas profundas son como una bola de metal candente, que esparce millares de chispas al golpe del forjador que la vule a martillazos. Todo eso, aparte de que Montaigne escribió mucho por cuenta propia.

El nuevo tomo de José de Armas, "Historia y Literatura" consta de varios juicios de otros libros publicados recientemente; y como toda crítica es la acción de presentar las ideas de un hombre a través del temperamento de otro, estos juicios de Armas vienen a ser críticos de críticas, y al fin de esa complicada transmisión de ideas reflejas nos informamos de quienes eran algunos personajes célebres en la ciencia, en las letras, en el arte y en la política como Servet, Hernando de Acuña, Montaigne, Erasmo, Swift, La Rochefoncauld, Mme. Lafayette, la Du-Barry, Diderot, Sterne, Napoleón, Talleyrand, Byron, Mistres towe, Nietzsche, Sepulveda, Lassalle, Wagner, Dostowiesky, Poe, Witman, Chateaubriand, Victor Hugo, Venillot y Pixerecourt. A algunos, como la mitad de los escritores ahí citados, los he leído y he formado opinión sobre ellos, y observo que Montaigne, Erasmo, La Rochefoucauld, Swift, Nietzsche y Chateaubriand han influido en mi cerebro de muy distinta manera que en el de Pepe de Armas. Tal vez será porque soy poco dado a inquirir sobre la vida íntima de los au-

tores que leo con gusto, y que por ello me son altamente simpáticos, y no me pica la curiosidad de saber como eran en lo privado, aunque desde luego, supongo que no eran perfectos. Erasmo en su "Elogio de la locura" no me parece tan malicioso como Quedo ni como el padre Isla, cuyas obras se publicaron en España, a pesar de aquello de la Inquisición y otros alfates del oscurantismo que impidieron traducir a Erasmo, y no fueron obstáculo al grandioso florecimiento de las letras hispanas en los siglos XVI y XVII.

No hallo conforme el método de crítica adoptado por José de Armas, vituperando a los autores que le son desafectos por sus ideas o por su origen, y sacándoles a luz todo lo malo que de ellos se cuenta. A Wagner, La Rochefoncauld, Swift, Sterne, Chateaubriand, Nietzsche y Veillot los pone que dan lástima. Es injusto echarles en cara unos vicios que quizá no tuvieron o los tuvieron en grado insignificante que entonces es como no tenerlos. En media página del libro acumula sobre Sterne cuanto lanzó contra él la maledicencia. Esto no es admisible como crítica. En cambio me gusta Pepe de Armas en el modo como distingue a sus autores favoritos. A Mme. Lafayette la eleva al quinto cielo y la defiende contra los que le negaban la paternidad de sus obras; a Byron lo protege de una infame calumnia; de Edgard Poe afirma que no es cierto que fuera un borracho; y a Víctor Hugo le disculpa el defecto de avaricia que algunos le achacan. Esto es noble y digno. A los grandes hombres no se les profana empañando la aureola sublime que los envuelve; y opino que el señor de Armas debería haber sido igualmente benévolo y caritativo con los otros. Se invocará tal vez aquello de los fueros de la verdad histórica, suponiendo que también es historia la murmuración y el panfletismo, y que en el fondo de las diatribas suele haber un punto de verdad. Pero no es menos cierto que la exageración es la peor de las mentiras y que éstas deben callarse cuando son injuriosas.

Porque así como un juez recto absuelve a un acusado ante la duda de si es o no es culpable, así el historiador, así el crítico debe prescindir de aquellos datos que fueren depresivos para un hombre ilustre. Vale más, en todo caso, admitir las anécdotas que les honran, aunque no sean ciertas. La calumnia del bien es preferible a la calumnia del mal. Yo me complazco en suponer buena persona a todo aquel de quien no me conste lo contrario. Me desagrada mucho oír decir que Montaigne fué egoísta, que Cervantes fué alcahuete, que Byron fué vicioso, Swift un vesánico y Chateaubriand un hipócrita y Wagner un mal sujeto. Y juro que por mí no se hubieran sabido jamás estas cosas. Entiendo que la Historia no necesita de tales minucias para darnos un cabal conocimiento de los grandes hombres, y creo como don Quijote que ciertos detalles deben omitirse por equidad "pues las acciones que ni mudan ni alteran la verdad de la Historia no

1000071

hay por qué escribirlas, si han de redundar en menosprecio del señor de la historia."

Verdad es que Cervantes en el mismo lugar del texto añade el parecer de Sansón Carrasco, el cual distingue entre la historia y la poesía, y dice que "el poeta puede contar o cantar las cosas no como fueron, sino como debieron ser; y que el historiador las ha de escribir no como debieron ser sino como fueron, sin añadir ni quitar a la verdad cosa alguna." Pero ha de advertirse a los que pretenden decir la verdad, que para decir la verdad es indispensable saberla, y ahí está lo más difícil, porque nadie puede jactarse de saber la verdad verdadera de las cosas. Los historiadores de minucias se basan en referencias y documentos de pura chismografía calumniosa las más de las veces. Y si nos fijamos en el presente, horrorizado quedaría cada uno de nosotros si leyese en los papeles lo que nuestros amigos y vecinos murmuran a espaldas nuestras; y ¿eso es historia? ¿eso merece apuntarse en las biografías? Recuerde mi amigo Pepe de Armas una anécdota contada por él hace años sobre Sir Walter Raleigh. Aquel personaje histórico echó al fuego un manuscrito suyo sobre historia al enterarse de que no era cierto un hecho que él había presenciado y visto con sus ojos. No hay más historia creíble que la de los grandes hechos. La de los detalles debe ponerse en duda, o solo admitirse como un adorno más o menos fútil.

Pero la chismografía escrita, aún siendo difamatoria, quizás tenga su razón de ser para alimento de la curiosidad malsana de los que no hallan sabor en otras lecturas; y de ahí esa crítica muy en boga, tal vez porque se han agotado los temas de crítica más noble: lo cual se me antoja un grave signo de decadencia. Pero esa crítica llevada a ciertos extremos resulta perniciosa, porque el vulgo siempre es más dado a creer lo perverso que lo decente, y una inculpación injuriosa queda más fija en la memoria que cien rasgos de virtud y de grandeza.

Esa propensión a juzgar por los extremos proviene de que juegan ahí dos clases de temperamentos: el de los aficionados a dramatizar las cosas y a verlo todo por lo trágico, y el de los que en todo ven una comedia y en los hechos más graves contemplan un risible sainete. Pepe de Armas parece ser de los primeros y yo soy de los últimos, y de ahí nuestra discrepancia. Creo que no se debe odiar, por dos razones: porque el odio como hijo de una falsa apreciación debe de ser injusto y porque nos hace infelices; pues como decía Montaigne: si odiase a los que me parecen malos tendría que odiar a mucha gente. En esto quizás se fundan los principios de la Urbanidad y la cortesía; y por mi parte bendigo a Dios por haber apartado de mi corazón esos odios que afligen y corroen a tantas almas.

P. GIRALT.

  
PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA